

COLECCIÓN
ALMANAQUE

DESPUÉS DE UNA LARGA ÉPOCA

•

SANTIAGO VENTURINI



VERA editorial cartonera

**DESPUÉS DE
UNA LARGA ÉPOCA**



ALMANAQUE

Como los viejos almanaques en los que caían juntos el santoral, dibujos o fotos y el calendario lunar, en esta colección se reúnen textos diversos hilvanados por la presunción de la necesidad de su difusión en este corte del presente.

COLECCIÓN
ALMANAQUE

DESPUÉS DE UNA LARGA ÉPOCA

•
SANTIAGO VENTURINI



VERA editorial cartonera

COLECCIÓN **ALMANAQUE**

dirigida por Analía Gerbaudo

Después de una larga época / Santiago
Venturini; compilado por Santiago Venturini.
—1a ed.— Santa Fe: Universidad Nacional del
Litoral, 2020.

Libro digital, PDF— (Vera Cartonera / Gerbaudo,
Analía; Almanaque; 2)
Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-692-228-9

1. Poesía Argentina. I. Venturini, Santiago, comp.
II. Título.

CDD A861

© Santiago Venturini, 2020.

© de la editorial: Vera editorial cartonera, 2020.

Facultad de Humanidades y Ciencias UNL
Ciudad Universitaria, Santa Fe, Argentina
Contacto: veracartonera@fhuc.unl.edu.ar



Atribución/Reconocimiento-NoComercial-
CompartirIgual 4.0 Internacional

V

VERA editorial cartonera. Centro de Investigaciones
Teórico–Literarias de la Facultad de Humanidades
y Ciencias de la Universidad Nacional del Litoral.
Instituto de Humanidades y Ciencias Sociales
IHUCSO Litoral (UNL/Conicet). Programa Promoción
de la Lectura Ediciones UNL.



Directora Vera cartonera: Analía Gerbaudo

Asesoramiento editorial: Ivana Tosti

Diseño: Julián Balangero

Este libro fue compuesto con los tipos Alegreya
y Alegreya Sans, de Juan Pablo del Peral
(www.huertatipografica.com).

2012

EL ESPECTADOR

el mejor caballo del mundo se muere por televisión

ninguna distracción tan sobria
como un espectáculo hípico.
pero en vez de un salto prolijo
el animal que atrae todas las cabezas
muestra para las cámaras
algo que nunca ensayó:

• 7

parado con su elegancia equina
bajo los reflectores de la pista,
una falla mecánica de su corazón
lo hace desplomarse
entre las vallas de competencia
y los arreglos florales.

mientras pateo al aire
tirado en la tierra de Verona
el jinete bien vestido se endurece,
los veterinarios llegan corriendo
para auxiliarlo,
los comentaristas lamentan la tragedia,
y las chicas del público
se llevan la mano a la boca
porque no pueden creer
que el mejor caballo del mundo
sea mortal,
o porque saben que el ocio las engañó
y las hizo manejar hasta ahí
para que vean

lo que podría pasarles alguna vez
en el piso de un banco de una cocina,
o en el salón decorado de una fiesta
mientras todos los invitados las miran.

vacaciones

durante dos semanas
en el verano de una ciudad marítima
convivimos con un perro moribundo.

• 9

sosteniendo la taza en el desayuno
lo mirábamos tambalearse
o girar perdido en círculos
sobre el césped.
algunas noches nos despertaban
sus aullidos,
y a la mañana siguiente
todos veíamos
las manchas diminutas de su sangre
en las baldosas.

algunos huéspedes incluso
lo acariciaban:
seguían con la mano el esqueleto
que parecía traspasar
el cuero manchado.

ese verano
en esa ciudad marítima
las casas lujosas se multiplicaron,
los autos tocaron bocina
en filas interminables,
miles de espectadores tosieron
en las salas de teatro,

y nosotros
caminamos por calles muy iluminadas
mezclados con la multitud de turistas:
miramos vidrieras caras,
hablamos sin parar
entre el ruido de bocas cubiertos
y platitos de café,
compramos nafta gaseosas
toneladas de comida,
nos hundimos en el mar helado,
y cada vez que volvíamos
un poco más bronceados
ese perro estaba ahí
como la prueba de algo
capaz de amenazar nuestra tranquilidad
y la de todos los desconocidos
que se acostaban en las camas
de esa ciudad.

la última mañana,
cuando bajamos con valijas,
daba vueltas en la cocina.
ni siquiera nos vio irnos,
ni vio tampoco
el alivio con el que cerramos
las puertas de los autos
bajo el sol potente de ese día.

flashback: una foto

ahora es fácil creer
en ese segundo luminoso
que no vimos.
la claridad mostrando unas cosas
por primera vez:
remeras que dejamos de usar,
brazos de cera
y una ciudad de fondo
llena de adolescentes que ya
crecieron
sin que los hayamos visto
transformarse en humanos.

nunca vas a tener esa cara
otra vez,
tus dientes se gastaron
y algo pesa:
acostado,
el respaldo de tu cama elemental
de madera
te convierte en un alce,
una cabeza frondosa
con la que cruzar
la puerta del baño
o abrir las alacenas
con comida.

mirás hacia afuera.
Tal vez otros alces están sentados
en las ventanas con luces:
ensucian con una sombra de ramas
la pared blanca del comedor.
o tal vez hay
lo que siempre hubo:
familias tragándose su cena,
hombres y mujeres hablando
de sus vidas
como si les pertenecieran,
televisores prendidos
que nadie mira,
secadores de pelo,
bolsas llenas de basura.
Todas esas cosas que forman
la eternidad.

[2010]

la disposición genética

hay familias que solamente
sobreviven
en los portarretratos,
y nunca entendí
cómo dejaste de ser
ese dandi riéndose
en fotos blanco y negro
para transformarte en un
mecánico corpulento
que amaba los aviones
y sufría en la oscuridad
de una pieza matrimonial
sus dolores de cabeza.

algo pensaba
tuvo que haber pasado
en el medio,
algo más que la obviedad
de la vejez.

hace un tiempo
desvié la mirada
de la autopista
y aparecí con tu cara
en el espejo retrovisor
de un auto.
viajé hasta mi casa
encurvado como la bestia
de esa película de Disney

que rompía los vidrios
de su castillo
porque no soportaba su reflejo.

14 •

estoy transformándome
en lo que fuiste,
y la sangre no alcanza
para explicar la metamorfosis:
si tus facciones se calcan
sobre las mías,
si te copio
el pelo seco la grasa
es porque nos expusimos
a la radiación de las mismas
cosas:
mañanas repitiéndose
en los programas de cable,
ropa sucia acumulada en un canasto,
cordones que atarse en los zapatos,
carne para masticar en el almuerzo,
máquinas de afeitar desafiladas,
sexo pastillas billetes
y la cascada artificial
del inodoro
sonando doce veces por día
como un reloj biológico
o un déjà vu.

te gastaste
en los mecanismos de la realidad,
y ahora es mi turno.
tal vez esta sea tu herencia,
algo que no quisiste enseñarme
pero lo único que aprendí.

2016

EN LA COLONIA AGRÍCOLA

3.

Un Ami 8 corta el aire
de 1989
con una familia adentro.

• 17

Mi prima aprendió a manejar
con ese auto en decadencia.
Un sábado
cuando cruzábamos la plaza
la puerta de atrás se cayó
y tuvimos que bajar a buscarla.

En la misma máquina
hacíamos todos los mandados,
del supermercado a la quiniela
de la tienda Kapote a la farmacia.
El brazo de mi mamá
metía los cambios,
sus pies pasaban del acelerador
al embrague,
mi abuela iba de copiloto
llenando como podía
su tiempo de jubilada,
y en el asiento de atrás
mi hermana y yo
aprendíamos al mismo tiempo
qué es la velocidad,
por qué las madres enloquecen
a sus hijas,
cómo grabar en la cabeza
imágenes de una mujer automovilista
antes de que el futuro se la lleve.

10.

18 •

Mi papá tuvo la idea
de construir una casa alpina
en la pampa.
Era más barato.
Él mismo levantó el esqueleto
de caño
y lo tapó de a poco
con tejas y madera.
Habrá pasado muchas noches
planeando su obra de vanguardia
en un barrio de chalets comunes.
No era arquitecto
pero sentía que estaba haciendo
algo nuevo,
lo veo en su cara de esa época.
Un día desapareció
y nos dejó adentro de esa casa
que respira como una ballena.
Con el cambio de temperatura
la madera cruje
se contrae y se dilata.
Ya no escuchamos el ruido
porque estamos acostumbrados,
de la misma manera
en que nos acostumbramos
a que él no esté.

18.

Mi abuela paterna
pasó gran parte de su vida
al lado de una cocina.
Trabajó durante años
en un restorán
y apenas se jubiló
se puso a cocinar para afuera.
Los cazadores tocaban timbre
con liebres o vizcachas masacradas
y una semana después
ella les devolvía
frascos de vidrio
con pedazos de animal
entre hojas de laurel.
Dos de sus tres hijos
murieron.
El tercero ya había pasado
los cuarenta
cuando tuvo una revelación.
Cerró su concesionaria
de autos usados
estafó a varios clientes
y desapareció de la ciudad.
Se fue a vivir a las sierras
con una comunidad gnóstica.

Tiempo después
volvió con una máquina

que registraba la energía
de las personas.

Una siesta
la conectó a mi hermana.
Las flechas empezaron
a moverse.

Él estaba fascinado,
nosotros nunca entendimos
qué estaban diciendo.

21.

Cada vez que a papá
le dolía la cabeza
todos funcionábamos en mute.
El ruido de una cucharita
contra la taza
era igual para él
que el de una cortadora de césped.
Acostado en la pieza oscura
con un pañuelo en la frente
nos marcaba los ritmos de vida.
Si papá resucita todos festejan,
si papá enloquece
corremos como perdices
hacia otras casas.

Me hubiera gustado
ir hasta su cama
y acercar un ojo al agujero
de su oído
para espiar lo que había
dentro de esa cabeza:
su casa de la infancia
prendiéndose fuego,
el interior de una heladera,
su padre gritando
en un auto de los 50,
o él mismo tirado en el piso
de su cerebro.

No sé qué había
pero lo heredé
y ahora
cada vez que me gana
la cefalea
recuerdo lo que me enseñó
una vez:
cuando empiece el dolor
cerrá los ojos
y pensá en un color frío
como el azul.
Ese es mi fondo de pantalla
durante cada ataque.
Un color que fue el mismo
a lo largo de los siglos,
pero me pregunto
si los dos lo imaginamos
igual
o si hasta en eso
fuimos diferentes.

22.

Hay partes de la colonia agrícola
que siguen siendo iguales,
pedazos de lugar
que no envejecieron
como yo:
la fachada neoclásica
de la biblioteca,
el banco Nación,
el frente de algunas casas.
El cemento es más firme
que las generaciones.
En la esquina de la escuela
San Martín
calzo 35
y cincuenta metros después
me vuelvo un hombre.
Me agrando me achico
cambio de tamaño,
de cabeza:
levanto la vista para ver
a mis papás
la bajo para mirar
a los perros.
En mi entrenamiento
para ser adulto
nunca aprendí a dejar
que las cosas se vayan,

siempre me quedo agarrado
a algo:
en la calle Alberdi
hay una casa demolida
pero yo sigo sentado
entre las plantas del patio.

OTROS

Papá liebre

Cuando era chico
me llevaste un par de veces a cazar.
Querías que aprendiera las cosas
que te habían enseñado,
aunque fuera obvio
que no eran para mí.
Lo mismo que hacen todos
los padres.

• 27

Una tarde
en un campo lejos de casa
te vi matar a una liebre.
El sol nos lamía la nuca,
los árboles esperaban la catástrofe
y vos estabas duro contra tu rifle
con un ojo clavado en ese bicho
hasta que el disparo lo tumbó
y el paisaje pudo respirar otra vez.

Volvimos con el cadáver
en el baúl de tu auto
y unos días después
masticamos animal en una mesa
en la que eras el rey.

Ahora no decís mucho
en esta foto que encontré.
Vestido con tu ropa de antes

me parecés tan indefenso
como esa liebre.

Un hombre común

que trabajó

construyó su casa

tuvo hijos

se separó de su mujer

hasta que un día

alguien o algo

a la distancia

lo tumbó.

Después de la temporada de caza

En el espejo de un placar
trato de reconocer mi propia
imagen:
muevo los músculos de la cara
me peino con los dedos,
pero no consigo sacarme el disfraz
que me pusieron los últimos años.
Esta metamorfosis de la especie
no es tan grave.
Tengo el cuerpo de un hombre
libre,
podría correr hasta la esquina
y parar a escuchar
el trabajo de mi corazón
para adaptarse a la velocidad.
Sé discernir entre un pedazo
de madera y un hueso,
soy gentil con los desconocidos,
piadoso con los animales.
Pero algo anda mal conmigo.
Me asustaron unas frutas
pudriéndose en la heladera,
me asustó mi propia mano
cuando levantó un vaso,
me asusta abrir a veces
unos ojos en blanco
que solo pueden ver
lo que desapareció.

Algunas noches
acostado bajo el dibujo
que las luces de la calle
hacen sobre el techo,
empiezo a preguntarme
cómo llegué a esta casa,
cuando decidí comprar
esta cama,
por qué los muebles están
en ese orden
y no en otro.

Jardinero

En el medio del camino de la vida
empecé a cuidar las plantas de mi patio.
Las mujeres que vuelven del hospital
pasan por mi ventana
hablando de los enfermos,
en los autos y las motos
van personas sentadas
que se atormentan con su futuro,
una familia que vuelve de la guerra
golpea a mi puerta
para pedir un poco de comida,
y yo tengo el lujo de salir
a mi jardín formado
por unas pocas especies en macetas.
Cuando cae el sol
mueven sus hojas
como si me hablaran.
No soy un buen jardinero,
no sé cuánto durará
mi amor.
Un día algo nos alejará
y volveremos a vivir
en la adversidad,
ellas afuera
y yo adentro
de esta misma casa.

Desde el piso 16 de un edificio

32 •

Algunas cosas que viste
te dijeron
que no llegó el fin del mundo:
los autos flotaban
sobre la línea de las calles,
chicos y señoras avanzaban
por la vereda,
había nubes irreales
sobre la ciudad que brotaba
de la tierra.

Otras cosas te dijeron
que esto es el apocalipsis,
aunque no vas a decirlas.
El año que pasó fue duro
pero resucitaste.
Te cortaste el pelo,
pintaste las paredes
de tu casa,
volviste a entrar
en los supermercados
como el hijo pródigo
que volvió de sí mismo.
A veces te parece
que todo el tiempo estás
esperando que algo pase.
Tal vez es tu estado
natural.
Te gustaría llegar a esa edad

en la que vas a saludar a tus vecinos
o a dormirte en tu cama
con la indiferencia de la sabiduría,
pero algo te dice que las cosas
van a ser diferentes.



•

SANTIAGO VENTURINI

nació en Esperanza, la primera colonia agrícola organizada de Argentina, en 1981. Publicó los libros de poemas *El exceso* (2008), *El espectador* (2012), *Vida de un gemelo* (2014) y *En la colonia agrícola* (2016). Su último libro, *Un año sentimental*, se publicará en los próximos meses. Es profesor universitario y trabaja como investigador.

ÍNDICE

EL ESPECTADOR (2012)

- 7 el mejor caballo del mundo se muere por televisión
- 9 vacaciones
- 11 flashback: una foto
- 13 la disposición genética

EN LA COLONIA AGRÍCOLA (2016)

- 17 3
- 18 10
- 19 18
- 21 21
- 23 22

OTROS

- 27 Papá liebre
- 29 Después de la temporada de caza
- 31 Jardinero
- 32 Desde el piso 16 de un edificio



UNIVERSIDAD NACIONAL DEL LITORAL

ENRIQUE MAMMARELLA

Rector

LAURA TARABELLA

Decana Facultad de Humanidades y Ciencias